



EL CUADRO

**2º Concurso Cuentos Repsol
2º Premio en Castellano**

Autora: Olga Suárez Fernández

**LEMA: "EN TU CABEZA LO UNICO QUE
EXISTE ES LLUVIA Y UN CAMINO SIN DESCANSO" Año 1989**

Llueve. Oscurece. Las calles estrechas y empedradas están llenas de agua. Es un día triste, gris. Las casas se suceden con rapidez a medida que su paso avanza. Una esquina, otra más, al otro lado, ya falta menos. La lluvia sigue golpeándole y ya ha caído la noche. Pero él continúa impasible, y anda, un paso, otro, ya falta menos. Por su cabeza corren los adoquines del suelo, y sobre ellos un pié, después otro, rápido, rápido; no te distraigas, camina, no mires a los demás, avanza. Y sigue andando, sin parar, quizás toda la noche, quizás toda la vida ¿quién sabe?. Sus piernas se mueven veloces, las manos en los bolsillos. Cabeza gacha con el sombrero calado hasta las orejas. Una esquina, y otra más, y continúa avanzando, y más, y más, y más...

* * * *

Se respira un ambiente cálido, tranquilo. En la calle llueve, pero debajo de ese soportal el agua no ha llegado. En aquel lugar reposa un recuerdo, quizás un sueño, un pensamiento, una fantasía. Todos olvidados, tirados en un rincón. Nadie los mira, nadie los ve, nadie se acuerda de ellos.

* * * *

Y él llega a su casa. Entra. Cuelga en el perchero su gabardina y su sombrero empapados. La habita-

ción es pequeña, sencilla, fría, triste. El ambiente no es acogedor. Un toque de frialdad flota en el aire.

Se sienta en un sofá. Quiere pensar, quiere poner en orden sus ideas. Delante de él un caballete con un cuadro le tapa parte de la habitación. En el cuadro aparecen solamente unos esbozos de lo que será la obra terminada, pero falta mucho todavía.

Su cabeza comienza a funcionar y busca algo que transmitir. Un pensamiento que pueda expresar a través de la realización de este cuadro, pero a pesar de que su cuerpo está sentado su mente sigue caminando, sin parar, sin detenerse, sin mirar a los demás. Y él es incapaz de conseguir que esa mente pare, de sujetarla y concentrarse en su trabajo para encontrar ese sentimiento que quiere transmitir. Pero lo único que puede plasmar por medio de su cuadro es el caos. Su interior está compuesto de ideas revueltas, sin conexión, ideas que danzan sin cesar y le impiden pararse y reflexionar. Y se da cuenta de que no puede poner en orden su pensamiento. Decide dejarlo y se va a la cama. Pero no puede conciliar el sueño ya que su mente sigue caminando y no le permite descansar. Él se siente inquieto, pero no sabe como solucionar su problema.

Así pasa noche tras noche, día tras día, formando una cadena que se repite sin cesar. Y en su mente sigue existiendo el caos. Las ideas vagan por su cabeza como fantasmas, sin orden, sin forma, sin ser completamente asimiladas. Y él intenta plasmar en

su obra lo que se esconde detrás de su pensamiento.

Sigue lloviendo. Las calles mojadas se retuercen como un pequeño laberinto. Se oye el golpeteo de la lluvia en el suelo y se forman charcos. Las palomas se ocultan en su nido, refugiándose con el alero de los tejados, y observan con sus pequeños ojitos como la lluvia, poco a poco, va encharcando toda la calle. También observan el paso de un hombre que camina impasible, sin desviar su vista un milímetro, sin preocuparse por lo que ocurre a su alrededor. El hombre lleva un gran paquete bajo el brazo, es su obra terminada. El pintor pasa al lado de aquel soportal donde el agua no ha llegado todavía. Aquel lugar donde se conserva una fantasía, un pensamiento, un ideal. Pero él no lo ve pues no quiere apartar la mirada de su camino.

Por fin llega a aquel lugar donde su obra va a ser juzgada. El otro personaje ya está allí, esperándolo. Lleva un traje oscuro, corbata, chaleco. En su cara una expresión ausente. Sus gafas metálicas son marco perfecto para aquellos ojos que saben ver sin mirar, que con una sola pasada actúan como si hubiesen estado observando el cuadro durante largo rato. Esos ojos que nutren la inteligencia alimentándola con imágenes bellas, educativas, grandiosas, y ahora se fijan en el autor de la obra, y sin necesidad de palabras le transmiten su opinión: "Todavía no has llegado, te falta orden, muchacho, necesitas tener las ideas claras y después mezclarlas con un poco de

fantasía. En tu cabeza lo único que existe es lluvia y un camino sin descanso. No cejes en tu empeño, algún día llegarás”

Ya está dictada la sentencia.

Todavía no has llegado... todavía no has llegado.... todavía no has llegado.... El pintor coge su obra y vuelve a caminar bajo la lluvia. Todavía no has llegado.... todavía no has llegado.... Las mismas calles empedradas, las mismas palomas contemplan su regreso, y de nuevo pasa por el lugar al cual no llega el agua, pero está demasiado absorto en sus pensamientos para verlo. Todavía no has llegado....

Una sombra de desesperación cruza su mente ¿Por qué? ¿Por qué él? ¿Por qué es incapaz de llegar? ¿Dónde está el fallo? ¿Qué pieza es la que no encaja? Preguntas, preguntas, sólo preguntas. No hay nada más en su pensamiento. Pero ¿Quién las va a contestar? No cree que la respuesta esté en la lluvia, ni en los charcos, ni en las palomas, ni siquiera en la vida misma. Ya, ni cree que exista respuesta. Piensa que su vida será un continuo caminar bajo la lluvia....

Y el tiempo pasa, horas, días años, ¿quién sabe? Su vida es pura rutina, siempre lo mismo, caminando sin cesar. Las tardes son grises, las mañanas frías, las noches oscuras, y las tres están acompañadas por la monotonía del agua al golpear el suelo.

En su casa, su caballete vacío reposa en un rincón y en su cabeza sigue estando presente la misma frase: todavía no has llegado...

El tiempo vuela, o quizás haya quedado parado, y él continúa su camino bajo la lluvia, y nota que cada vez está más cansado, y ya no puede más. Necesita encontrar un lugar resguardado para descansar, y por fin alcanza aquel sitio al cual el agua nunca llega. Allí se encuentra con una fantasía, con un sueño, con un pensamiento que le espera hace tiempo, y por primera vez en su vida es feliz.

El caballete vuelve a estar en el centro de la habitación y el pintor da los últimos retoques a su obra.

Al terminar la envuelve y sale. No necesita llevar gabardina ni tampoco sombrero porque ya no llueve. La tarde es clara y las palomas revolotean alegres. Ellas saben que quizás esta vez haya conseguido llegar.